

SUMARIO

Idilio en la sierra. — Salvador Rueda. — La orfandad. — Salomé Nuñez y Topete. — Caza de perros. — Miguel Méndez Alvarez. — D. Josef Daza y su «Arte del torero». — Espinosa y Quesada. — El drama universal. — Clarín. — Carta semanal de Londres. — B. de Oya. — Desde el boulevard. — Ricardo Blasco. — A Seigas por Galixio Ballesteros. — La siesta del león. — Jaime Martí-Miquel. — Madrid. — Madrileño. — Manuel Ossorio y Bernard. — Libros nuevos.

IDILIO EN LA SIERRA

NOVELA ANDALUZA

XIV

MI TURNO.

Cayó el gatillo sobre el pistón; pero era vana la capsula y se quedó el tiro en la escopeta.

Yo absorbí en una aspiración toda la atmósfera del cuartel.

A fin de evitar que Francisco reemplazara por otro el fulminante, salió de mi habitación don Leopoldo, a tiempo que se largaba de la cocina el satisfecho Tenorio, muy ufano con la cita que acababan de darle.

—¿Se fué muy temprano Francisco? preguntó el dueño de la casa á Mercedes, no dándose por entendido de nada.

—Madrugó con el día pa estrenar un puesto al que acaban muchos pijarros; pero me da el corazón que poca coza va á cazá hoy.

—¿Y qué sabes tñ? —Es una figuración—dijo con sorna la gitana.

—Distraído anda Jarega y tendré que echarle un ráspece si es que no se despabila.

—Bien lo merecía, mire nstá.

—Bueno; cuando venga, dile de mi parte que me gusta poco que se distraiga.

Con todo el dolor de su espíritu salió del escondite Francisco, con paso cauteloso, al oír los barruntos de tempestad que preludaba mi amigo, y echándose la escopeta al hombro, tomó la dirección del monte, arrastrando más que llevando, el alma hecha girones.

—¡Ahora es la mía!—dije al verme solo y dispuesto á entrar en turno para declararme.

Me paeció lo mejor llamar á Mercedes y decirle que se llevase el servicio del almuerzo, y cuando lo estuviera recogiendo, deslizarla el sobre con el soneto entre las manos.

¡Lástima que yo no hubiera hecho mi poesía al vino! Con el que estaba en la botella, podría haber llenado una copa y habérsela brindado, y ella de seguro que hubiese oído con gusto el brindis.

—Daria tiempo de hacer otro soneto? Era incitadora la idea. Tiré de papel y pluma, como la noche antes al acostarme, y empecé, febril á trazar cuartetos y tercetos.

Lo que deseaba yo expresar era que aquella copa de vino que iba á ofrecer á la diosa, debía primero unir nuestras manos al pasar el cristal de la mía á las suyas, recoger luego en su borde la impresión de nuestros lábios, y por último, cantar la misma idea en nuestros cerebros y la misma pasión en nuestras almas.

Salieron endecasílabos á pedir de boca, tracé planos y andamiajes, recurrí á los maravillosos efectos de la técnica, y salió el soneto siguiente:

AL PARTIR UN VASO DE VINO

Del Málaga que es púrpura encendida
lebo un sorbo de luz y de esplendores,
y el vaso orlado de risueñas flores
te alargó con el alma conmovida.

Behamos su fragancia apetecida
como una claridad de los amores,
sus ráfagas son sueños seductores,
su jugo es el perfume de la vida.

Pongamos en el borde cristalino
nuestras bocas de amor y micles llenas
como en un cáliz de licor divino.

Así se brillan nuestras míticas penas,
y del mismo cristal el mismo vino
cante un mismo sentir en nuestras venas.

Si he de ser franco, no me disgustó del todo cuando lo leí: solo que me pareció demasiado atrevido en la idea, porque decir todo eso, sin más ni más, á una mujer, sin haberla expresado antes que se la quiere, que se la adora, es descubrir la hilaza que en mi caso era mi no muy sano propósito.

Preferí hacer otro que preparase el ánimo de Mercedes para leerle después el anterior. Como el ejercicio métrico había puesto en tensión mi pluma, haría no digo yo un segundo soneto, sino hasta un tomo de cien.

Corta por aquí, alarga por allá, desecha esta palabra, recoge aquel vocaballo, redondea este terceto, y ajusta aquella rima, salieron, buñi burlando, otros cuatorce versos, que enlazados y yuxtapuestos decían de este modo.

ANALOGÍAS

—¡O el volo del mar la concha crece en lecho profundísimo de cieno, y tosca y sin color, lleva en su seno la perla donde el iris resplandece.

A ella mi ser en todo se parece: tosco es el vaso y de durzas lleno, pero en su fondo placido y sereno el bien germina y el amor florece.

También dentro de mí llevo la perla y té tejida con laurel y palma y sagrado de amor donde esconderla.

Donde llevo la luz reina la calma; su pureza te brinda, y para vcría asomado á los senos de mi alma.

No parecía sino que Mercedes se iba á asomar al pozo. No hace falta decir que me disgustó la poesía; no estaba mal de idea, pero la forma era un empedrado. Como vi que no entraba nadie en la cocina que pudiera cojerme la vez, apliqué de nuevo la pluma al papel y surgió de improviso este otro soneto.

Dora la humana vida y la futura que Dios reserva al místico creyente, por dejar con mis labios en tu frente un reguero de besos y ternura.

Tu desdénosa y clásica hermosura resbala por mis sueños y mi mente siempre gallarda y siempre indiferente á insensible al afán que me procura.

Calma el ansia de amor con que deliro, me hablo una vez tu labio lisonjero, tanme piedad cuando por tí suspiro.

Borra de tí lo esquivo y altanero, que más te quiero cuanto más te miro, y más te miro cuanto más quiero.

No pasaría Mercedes de oír el primer cuarteto, que no era poco oír. La lira, estaba visto, se me había vuelto guitarrero entre los dedos. Qué poca discreción, qué poca mesura, qué manera tan arriesgada de iniciarme en asunto tan reshaladizo. Aquello más bien era un trabuco de rimas con el arpa que una poesía galante.

Luego, el final era una repetición de otro soneto mío, y se me podría decir que si había aprendido en viernes la canción.

Vuelta á las andadas, vuelta á hacer brotar chispas de la pluma. Afortunadamente los sonetos salían ellos solos, sin necesidad de esfuerzo alguno.

La cocina seguía desierta, esto es, contentando solo á Mercedes, y mientras así fuera, yo no depomía mi afán de encontrar el soneto que deseaba.

Fué el que afnyó de nuevo á las cuartillas, el siguiente:

Como espera en la cuerda la armonía la habil mano que pasa res alando, el amor en mí ser está esperando una sola mirada que sonría.

Cual tallado cristal mi fantasía tu imagen ideal copia temblando, y mi espíritu pasa fluminando orlada de risueña poesía.

Niño soy que la luz reproduciendo en el cristal donde se quiebra viva, con ojos de placer la va siguiendo.

Tu imagen es la luz que me cautiva, y aunque n miles de partes la estoy viendo, ¡en ninguna se muestra compasiva!

Lo cual no era cierto, porque de dónde sacaba yo, si Mercedes me había visto una sola vez, y esa más bien mostróse risueña conmigo, que no había de ser compasiva? La multiplicidad de la imagen, reproduciéndose y temblando en todos los puntos del cerebro, la ampliación infinita, angusta y gigantesca cola de pavo real que reproduce el mismo motivo, el mismo ojo irisado en cada pluma,—no había salido mal. Yo debía hacer ver, y lo conseguí en el soneto que mi espíritu enamorado veía á Mercedes en todas partes, donde quiera que giraba la vista; pero aparte de esto, la poesía no se ajustaba del todo á mi deseo. Era necesario decirle que la quería con toda mi alma y con millares de almas que me triviese. Esto me trajo á la imaginación las conocidas monadas del alemán filósofo, y escribí sospechando que había de dar con lo que buscaba.

CONCERTANTE

Dejó la tésis inmortal escrita un insignie filósofo cristiano, de que en cada sutil átomo humano hay un alma que siente y que palpita.

Si una en cada molécula se agita como el vivo destello en el gasano, alumina al cuerpo delzoma le y vano una es-ata de luces infinita.

Pues las almas, reflejo de su esencia que Dios puso en mí ser como tesoro y estrellas que iluminen mi conciencia

su voz uniendo en exaltado coro, cantan himno de amor á tu presencia y dicen todas á la vez «¡te adoro!»

A mi juicio di con la forma completa que buscaba.

Solo tenía que hacer leérselo á la trina y enseguida recitarle el del brindis, con la copa en la mano.

Como en el soneto último había bastante que reflexionar, varié de idea en el plan de declaración. Era mejor que ella lo leyese y se hiciera bien cargo de que jamás poeta alguno había dado un grito de amor tan sublime, tan inmenso.

Tracé en un pliego los dos sonetos elegidos, los metí en un sobre, en el que puse con letra grande y clara el nombre de Mercedes, me vestí con apresuramiento, y saliendo, despues de tantas horas de prisión, á la cocina, dije:

—¡Ahí queda el servicio del almuerzo, y además una carta que he traído de Madrid para usted.

—¿De Madrid? —Sí, y como me iré pronto, desearia que me diese usted contestación.

—¿Es usted quizás el payo de la carta? Dejando á Mercedes tiempo bastante para leerla, salté fuera del cortijo, vi que el día se mostraba ya completamente despejado, y me interné en plena naturaleza.

SALVADOR RUEDA.

(Se continuará.)

LA ORFANDAD.

Juan experimentaba la desgracia de haber perdido á uno de sus hijos, y esta pena le tonia sumamente abatido. Buscando algún consuelo para su alma, todas las tardes recorría los pintorescos alrededores de la ciudad en que habitaba; y huyendo del bullicio conseguía que la alegría de sus semejantes no formase contraste con su dolor.

Durante muchos días pasé por tan solitarios lugares, sin encontrar un ser viviente; pero en una ocasión, al pasar por delante de una casa, oyó sollozar, y bien pronto pudo cerciorarse de que aquellos tristes acentos eran exhalados por una mujer.

El llanto halla siempre natural respuesta en quien sabe sentir; y Juan no tenía el corazón de adorno; por lo que no solamente se detuvo, sino que también entró en la casa, cuya puerta halló abierta.

—¿Qué cuadro tan triste se ofreció á su vista!

Una mujer, bastante hermosa, cubría con su cuerpo el cadáver de un hombre que acababa de espirar; y en su luca desesperación imaginaba poder volverle á la vida con las lágrimas ardientes que sobre su helado rostro derramaba.

Como notara la presencia de Juan, estrechaba más y más contra su pecho el cadáver, creyendo que aquel hombre intentaba robárselo.

—No se asuste usted, señora: soy un ser desgraciado también; he oído sus ayes, y los míos son los que le responden; cuente usted, pues, con un hermano, que acude para servirle en cuanto necesite.

La unión de dos corazones que sufren produce la simpatía más verdadera.

La afligida jóven quedóse mirando á Juan; y viéndolo en su semblante tan grabadas las señales del más profundo dolor, acercóse á él y le dijo:

—Este mi marido, acaba de morir; yo le amaba con toda el alma, y era igualmente idolatrada por él; nuestra existencia ha sido tan feliz como es ahora desgraciada la mía. Enfermo en la ciudad, y los médicos le ordenaron que se trasladara á este pueblecito, cuyo excelente clima debía devolverle la salud. ¡Nunca me atormentó la idea de que pudiese morir, á pesar de verle enfermo, porque en el delirio de nuestra míttas adoración, creí, que tan interminable como el amor que nos unía, había de ser nuestra existencia! Orgullosa de ser la única para cuidarle, me vine con él aquí. Al principio su mejoría fué completa; más luego empeoró tanto, que declarada la incurable tisis, un terrible vómito de sangre le ha hecho espirar en mis brazos hace dos horas!

Esto diciendo, torció la vinda á su desesperación con tal vehemencia, que un ataque convulsivo le hizo perder el conocimiento. Largo rato permaneció en este estado; por lo que el bondadoso

Juan tuvo que reclamar el auxilio de una jóven, que á la sazón pasaba por delante de la casa, rogándole que cuidase á aquella señora, mientras él iba por un médico y disponía además el interior de aquel calvario.

Tanto duró la prostración de la vinda, que cuando volvió por completo en sí, los restos del que fué su marido iban ya camino del cementerio; y entonces fué tal su pesadumbre, que rayó en locura, no reconoció límite. A pesar de los ruegos de Juan y de la muchacha que la Providencia le mandó en su auxilio, se resistió en absoluto á abandonar aquella casita, diciendo que le hacia falta respirar bajo el mismo techo, donde había muerto el hombre que tanto amó. Y pasaba la mayor parte del día rezando. Solo cuando iban sus nuevos y solícitos amigos á acompañarla, sentía relativa distracción. Su pesar era inmenso.

Un día quiso conocer la historia de ambos compañeros de infortunio, y Juan le refirió que lloraba la pérdida de un hijo de catorce años, el mayor de los tres que al morir le había dejado su esposa.

—Cuando enviudé—seguna diciendo Juan,—creí que este sería el mayor dolor de mi vida; pero aseguro á usted, señora, que no hay pesadumbre igual á la que causa la muerte de un hijo!

—Permita y perdome usted que le diga que no amaria mucho á su mujer, cuando sostiene esa creencia—repuso la vinda.

—¿Usted ha tenido hijos?—interrogó Juan.

—No.

—Pues entonces no puede usted hablar, ni puede figurárselo siquiera... Yo adoraba á mi mujer; pero sin saberlo, sin poder explicarme la causa, he llorado más la muerte de mi hijo que la suya; y es más, tengo la seguridad de que ella, en igual caso, hubiese hecho otro tanto; el cariño que los hijos inspiran es el más grande de todos los carinos; no se define, se siente; es un afecto que llega á la perfección, puesto que al experimentarlo, hayen del alma todas las malas pasiones.

—¿Tienen ustedes padres?—preguntó la jóven que hasta entonces había permanecido callada oyendo á los dos viudos.

—Sí; los míos se hallan ahora viajando—contestó ella.

—Los míos están en la ciudad—dijo Juan.

Isabel, que así se llamaba la niña, cruzando ambas manos, elevando al cielo sus azules y hermosos ojos, quiso hablar; pero no pudo, ¡lloraba!

—¿Por qué nos ha hecho usted esa pregunta?—dijo ron los otros dos.

—Porque están ustedes hablando de los pesares de este mundo, sin fijarse en el mayor de todos, ¡en la orfandad!

—¿La orfandad?—exclamaron con acento algo incrédulo Juan y la vinda.

—Sí, ¡la orfandad! pesadumbre inmensa que se apodera del alma y del corazón, para no permitirles que olviden la intensidad de su desgracia, para no consentir más consuelo que el de idolatrar la memoria de los padres, que no solo han sido perfectos para con sus hijos, sino perfectamente llorados por estos. Y por buenos que los hijos sean, nunca llegan á comprender, mientras la disfrutan, la dicha de contar con esas existencias, dicha de inestimable valor; ¡pero cuando los padres mueren, cuando desaparecen para siempre y la convicción de que son irreemplazables se clava en el alma como si fuera un puñal, entonces no hay quien consuele semejante pesar, porque á medida que más se los llora, más se les ama, más los llamamos y los necesitamos más!

—Todo esto que nos acaba usted de expresar,—dijo Juan,—lo experimento para con todos los afectos, el corazón realmente apesadumbrado.

—¡Oh, no señor! la vinda encuentra su consuelo, porque aun puede hallar tanto el hombre como la mujer, otra alma que le comprenda y le ame! El pesar por la muerte de un hijo puede encontrar alivio en la vida y el cariño de los otros. Pero cuando mueren los padres ¿quién los sustituye? ¿Hay otros padres? ¡No! Perdido este afecto, se pierde todo!

La pobre Isabel lloraba.

Mirábanla conmovidos los dos viudos, sin atreverse á replicar; á pesar suyo, la sencilla elocuencia de tan profundo dolor les imponía silencio y respeto.

—Sin necesidad de oírme hablar así añadió Isabel,—ya habrán ustedes comprendido que soy huérfana de padre y madre, pues la orfandad se graba para siempre en el semblante con indeleble sello de singular dolor.

—¿Vive usted aquí?

—Sí, señora, con dos hermanos menores que yo; y los tres trabajamos para ganar nuestro sustento.

—¿Dios la premiará á usted algún día,

colmándola de inmensa dicha, para compensarla de la desgracia inmensa que hoy tanto y tan bien llora!—dijo Juan.

—No hay dicha, por grande que sea, capaz de compensarme de este dolor, de esta soledad! Veintidos años tengo; aun que poco, algo conozco el mundo, y se que la desgracia más llorada la situación más triste, la herida más incurable, el dolor más agudo, el que arranca quejas que nunca acaban y que nunca se compensan bastante, ¡es la orfandad!

—Ya se consolará usted; ya verá como despues de transcurrido cierto tiempo pasará, no un día, sino varios, sin pensar en sus padres.

—Don Juan—contestó Isabel—herida en lo más sensible,—si me arrancan el alma y el corazón, podrá llegar ese día pero mientras cuente con una y otro, este pesar, este recuerdo, este llanto y esta soledad, seran eternos por que estas penas, lejos de matar, dan doble vida á su víctima, ¡tal vez para que se aombra de lo que es capaz una criatura de sufrir, y tambien para que admire la veneración que los padres, esos seres que tanto ama y tanto necesita el alma merecen. ¡Ya vé usted, cuatro años hace que los he perdido!

—¿Tanto tiempo?

—Midiéndolo con el recuerdo, me parecen cuatro segundos, ¡cuatro siglos cuando considero lo que ya he vivido sin verlos!

—¡Pobre niña!

—¡Oh sí!, compadézcanme ustedes porque existe en mi alma una herida incurable, porque en mi memoria no viv sino la evocación de aquellos felices días en que ellos estaban aún á mi lado y de aquellas horas crueles de su eterna despedida; ¡porque ya mis ojos no pueden ver sino sus queridas imágenes y sus últimas miradas!

—Dios te dé consuelo.

—Ni lo quiero ni se lo pido.

—¿Quieres sufrir?

—No querer sufrir por ellos despues de muertos, es tan imposible como no querer amarlos cuando viven.

.....

Pocos días despues, recibió la vinda una carta de sus padres anunciándole su regreso, y diciéndole que la aguardaban en la ciudad.

—¿Lloras, Isabel?

—De envidia, si señora; ¡ya usted á ver á sus padres!

—Tu los encontrarás en el cielo.

Isabel sonrió con indecible expresión de alegría al oír estas palabras.

Juan fué tan galante y tan bondadoso con la vinda, que no la dejó partir sola, sino que la acompañó hasta la ciudad.

Tanto el uno como la otra, al despedirse de Isabel la dijeron:

—Pide á Dios que de fuerzas á nuestros tristes corazones.

Y la jóven repuso:

—¡El dolor de ustedes tiene remedio!

—¡Te equivocas!—contestaron á un tiempo los dos viudos.

.....

Dos años han transcurrido.

El íntimo trato de Juan y la vinda, trocó al fin la amistad en amor, y se casaron.

En plena Inna de miel, cuando se hallaban una tarde en el jardín del hermoso hotel que él poseía, entregados á sus amorosas protestas, y mientras los hijos de Juan jugaban y alborotaban que era un contento, se presentó la huérfana ¡la inconsolable Isabel! que había tenido que ir á la ciudad, y no quería regresar al pueblo sin visitar á los que fueron sus compañeros de infortunio.

Al hallarse frente á aquel cuadro de reaparecida felicidad, y por más que se congratulase de ello y les diera de corazón el más cumplido parabién, quedose un rato absorta, sumida en profundas reflexiones, contemplándolo, en fin, con toda su alma...

Y cuando al salir de ese jardín, trocado en paraíso, se vió, como siempre completamente sola, exclamó llorando:

—¡Padres de mi alma, á vosotros nadie os puede reemplazar en este mundo; ¡el dolor que nada ni nadie cura, es el de la orfandad!

8 Julio 1891

SALOMÉ NUÑEZ Y TOPETE

CAZA DE PERROS

Las activas persecuciones emprendidas contra los canes sin tapabocas que circulan por la vía pública, han turbado la tranquilidad de muchas familias, cuyos jefes o cabezas, tuvieron la inmensa desgracia de venir al mundo con cara de perros.

A los pocos días de dictarse las órdenes oportunas para que se procediera á

La caza de canes vagabundos, empujando á cometerse lamentables equivocaciones por los encargados de cumplir los mandatos municipales.

La primera víctima fué un caballero de fisonomía perruna, á quien cazaron en la calle, creyéndole un mastín autógeno de la clase de vagos.

El infeliz señor pudo salvarse milagrosamente de aquella detención arbitraria y regresó á su domicilio echando espumajos por la boca y con la cara llena de barro.

—Pero Leon, ¿qué te ha sucedido?— le preguntó su mujer, parapetándose detrás de una mesa, al verlo en aquel estado.—¿Te has caído dentro de alguna alcantarilla?

—Don Leon dió un ladrillo y se desplomó en la silla que tenía más próxima.—¡Socorro! ¡socorro!—gritó la señora corriendo hacia la puerta del gabinete.

—Mi marido se ha vuelto perro!— La familia de don Leon acordó enseguida á prestar auxilio.

—Papá, papá, ¿qué tienes? ¿Te ha mordido algún aguador?—le preguntaron las niñas de la casa.

—¡Guau!... ¡guau!...—contestó el padre.—Papa, llame usted al médico ahora mismo,—dijo la esposa de don Leon, dirigiéndose á la criada que llegaba en aquel instante.

—¡Quietos, animales!—anlló el paciente, levantándose de la silla.—Venga un espejo,—prosiguió,—un espejo, pronto!

La orden fué obedecida. Don Leon fijó sus estraviados ojos en el óptico pedido, y dijo rompiendo la luna contra su nariz:

adoptaron enseguida las precauciones necesarias. La señora de un profesor de pandereeta que vivía en el piso cuarto, exigió á su marido que se recortara la melena á fin de evitar un incidente desagradable.

—No veo motivos,—dijo el músico al oír la pretension de su mujer, para atentar contra mi larga cabellera, que es casi una tradición de familia. Todos mis antepasados tenían el cabello á lo húngaro... Y además, que se me figura una cosa...

—Alguna majadería,—interrumpió la señora.—Yo creo que si me pelo á punta de tijera, voy á perder la inspiración para tocar la pandereeta.

—Y si no te pelas, el día menos pensado te confundes con un perro de lanas, de vida aireada. No olvides lo que le ha sucedido á don Leon, y eso que no es tan feo como tú...

—No lo niego; pero... es que el vecino del segundo tiene inclinaciones caninas, y... ¿No te acuerdas que un día le mordió al casero en una oreja? Por consiguiente, no es extraño que intentaran cazarlo, si sabían este detalle de su vida privada.

—Pascual, no te separes de la cension, que el asunto es demasiado serio.—Bueno, pues me cortaré la coleta.

—Es que no basta con eso.—¿Eh? ¿Quieres que me corte también la cabeza?

—Lo que quiero es que sigas mis consejos; que hagas caso de mis prudentes observaciones. Si notas que alguna guardia te mira con marcada insistencia, debes decirle inmediatamente: usted se equivoca, señor mío. Yo no soy lo que usted se ha figurado; yo no soy perro: soy profesor de pandereeta clásica.

—Entonces sería mejor que llevara un cartel en la espalda con esta inscripción: PASCUAL VILLACINCO PROFESOR DE PANDERETA Y ZAMBOMBA

—Así estarías expuesto á que te tomaran por un perro anunciador.—Estoy viendo, que lo más acertado era no salir de casa y freir con tomates el pellejo de la pandereeta. Pones las cosas de un modo...

—Hombre, no seas tan vehemente... Adoptando las precauciones que te he indicado, no sucederá nada. Y sobre todo, si vas despacio por la calle, porque cuando andas de prisa parece un perro amaestrado.

El gasto de lo comestible era tan exorbitante que á veces no bastaban más de tres toros.

Merece leerse así mismo el capítulo 31 del propio tomo, donde se trata de las riñas de los toros, de sus incursiones en el cercado ageno, y se discurre con notable copia de ejemplos sobre el maravilloso instinto de aquellos animales.

Particular advertencia y manías de dos famosos toros. Así intitula don Josef el capítulo 37.

Fué el primero un afamadísimo toro de la villa de Torrejon, que sin duda se hubiese muerto de viejo, si los nueve toreros más celebrados que habia entonces en España no lo hubieran exentado alevemente á un tiempo sin dejarlo reparar.

Javatillo llamábase el segundo toro adomado al arado y carreta en la labor de la Excma. señora Marquesa de Astorga, en su estado de Villamanrique en el reino de Sevilla.

Con esta fiera lidió Daza á campo abierto y á pruto estuvo de morir entre sus cuernos.

Si cuanto va reseñado y comprende, por decirlo así, la parte histórica y descriptiva de la obra, ofrece interesantes noticias la que pudáramos llamar preceptiva y técnica no es menos apreciable y digna de estudio.

La muy erudita y filosófica defensa que se hace en el capítulo III, primer tomo, de la necesidad y utilidad del toro en España; la forma y fondo con que se responde á las objeciones sobre el perjuicio que á la labor de los campos y al abasto de carnes, traen las corridas de toros; el estudio sobre el verdadero origen de tales perjuicios; los reparos puestos á varios escritos sobre el arte taurino; preceptos para la formación de las plazas y su gobierno; pretrechos y equipajes que han de prevenirse para la lidia, «(las garrochas deben ser de fresno de Vizcaya, cuatro varas de largo, sin nudos, repelos ni astillas) la elección de toreros y picadores;» (aquí asevera Daza que, de los de su tiempo hubo alguno á quien le duró el caballo seis ó ocho corridas); y las invectivas que lanza nuestro autor contra «los pinchavvas, tumbones y demás canallas que se arroja al circo para torrear de afición; materias son todas que trata don Josef con singular conocimiento de causa y sumo gracejo.

Algo escribe á propósito de la Jineta, que fué muy versado en el arte de la equitación, y aconseja al caballero que debiera muy corto y arregado de piernas, en la misma figura que una mona sentada al borde de un ladrillo.

la crítica, y aun por el público, de hace veinte años, y poco conocido de la generación que hoy empieza á interesarse por por las cosas literarias. En otros países, que á cada paso hay que estar citando como ejemplos, una de las manifestaciones más significativas de la reflexión sobre materias de arte, en crítica y lectores, es el estudio de esta clase de obras que nacen de actualidad, ni han adquirido todavía ese valor de documentos históricos, que por sí solo les dá cierto atractivo. En Francia, en Italia, no se diga en Inglaterra y Alemania, con ocasión de nuevas ediciones de libros, más ó menos notables, ó por analizar estudios y comentarios relativos á ellos, vuelve la crítica á repasar su propio trabajo acerca de tales producciones, y se ratifica ó rectifica según las enseñanzas del tiempo.

En re nosotros, para llamar la atención se necesita ó presentarse con un libro que huela á la imprenta todavía y que traiga aparejado el escándalo de una causa célebre ó cosa semejante, ó se necesita, que la obra que ha de ocupar el pensamiento de unos pocos, sea un prodigio de antigüedad. Aquí unos leen lo nuevo por flamante, y otros, muy contados, hojean lo viejo por vetusto. Y sucede más. Lo que es moderno, pero no de última hora, como si fuese prehistórico.

La poesía es lo que más pronto se olvida y arrinconan, á pesar de que hasta por su forma se recomienda mejor á la memoria. Verdad es que en España la generación actual es muy prosaica. En la misma crítica, aun en la buena, predominan tendencias, gustos y aptitudes que favorecen poco el entlo general de la poesía. A esto se debe la facilidad con que se coloca á versificadores insipidosos junto á poetas verdaderos; á unos les falta el gusto y el discernimiento necesarios, para distinguir; otros distinguen, pero no lo dicen, no hablan de estas cosas á que dan poca importancia. Se leen afirmaciones inauditas sin que casi nadie proteste. Hace pocos días, una pluma ilustre, despreciaba en monton la poesía lírica de nuestro siglo de oro; poco después un autor extranjero afirmaba, sin que nada tuviese que objetar el que lo traducía, que hasta ahora Núñez de Arce no ha hecho más que prepararse mediante ensayos, y que donde va á haber que verle va á ser en un poema que prepara. El mismo Valera, tan juicioso, tan prudente, de tan exquisito gusto, al hablar de los poetas parece que pierde el tacto; y alaba vulgaridades americanas y peninsulares que nadie creeria que pudieran gustarle de veras.

No es de extrañar, viendo esta indiferencia y falta de afición y aptitudes de la generalidad para saborear la poesía, que obras como *El Drama universal* queden arrinconadas á los poco años de publicarse, víctima de la *levis nota* que sobre ellos arroja una crítica distraida y escolástica, que juzga poemas como si fueran pliegos á causas y tiene en cuenta para fallar, circunstancias agravantes y atenuantes.

El Drama universal se publicó en época de gran actividad política, de apasionamientos populares, cuando todavía no habian llegado aquellos años, pocos y dichosos para las letras, en que comenzó una especie de renacimiento de nuestro espíritu nacional, renacimiento que hoy lleva trazas de malograrse. El público, el gran público, no se enteró apenas de la existencia de este esfuerzo del ingenio. La popularidad de las *Doloras* y de los *Pequeños poemas*, la de las *Rimas* de Becquer y aun de los *Gritos del combate* de Núñez de Arce jamás lo gozó el *Drama universal*. ¿Merecía esta suerte? La crítica de aquellos días viene á opinar que sí; años después, cuando otros jueces literarios más ilustrados; pero no más expertos en asuntos poéticos, citaban el poema grande de Campoamor para compararlo con los *pequeños*, confirmaban el fallo desdenoso y demostraba por a más á que el *Drama universal* no valia cosa. Por de pronto era alegórico ó simbólico ó todo junto, y ya se sabe que el simbolismo es cosa fría. Además recordaba las metamorfosis de Ovidio y la *Comedia* del Dante; otro sí, era obra muy larga; y la unidad se disolvía en la variedad; ahogaban la acción principal los episodios. Iten, esta no es época de epopeyas, etc., etc. Todo esto y más, se dijo para condenar el *Drama universal*. Y así Dios me salve como creo que la mayor parte de los que tal escribían y decían no habian leído el poema entero. A muchos de nuestros literatos, críticos ó no... valga la verdad, no les gustan las versos. El *Drama universal* ocupa en la nueva edición, 400 páginas, con seis cuartetos cada una, al menos la mayor parte. ¿Quién les tanta poesía? se dirán los mismos que llenan de prosa tomos y tomos.

Yo no digo que el poema de Campoamor esté libre de todos los pecados que le atribuyen; pero sí afirmo que solo pueden juzgarlo, en justicia verdadera, los que lo han leído todo, con atención, reflexionando, sabiendo saborear la infinidad de bellezas de sus episodios.

Hasta pereza se siente, llegadas las cosas á donde han llegado en la crítica moderna, si se trata de examinar el poema de don Ramón como tal obra épica, en el sentido escolástico de la palabra; si se trata de estudiar su propósito trascendental, su composición, la unidad de su idea, sus filosofías y demás grandezas ideales... Es muy posible, que si á estos puntos difíciles llegáramos... tuviera yo que separarme mucho de la opinión de don Ezequiel Ordoñez, si se me ha puesto á la nueva edición del *Drama universal* un prólogo, del que lo menos que se puede decir es que sobra.—Es claro que el *Drama universal* no ha encontrado la fórmula de la epopeya de nuestro siglo; ni es cosa segura que esa fórmula pueda parecer. Este poema hubiera ganado con no ser poema, con parecerse menos á las *maginias* de Ovidio y de Dante, y más al procedimiento de Victor Hugo en *La leyenda de los siglos*, que tiene unidad en la línea del autor y en el desenvolvimiento del espectáculo de la humanidad según el poeta; que no tiene, ni aspira á tener unidad de fábula, de acción épica, constante. Perjudican tambien mucho al *Drama universal*, convirtiéndola en obra secundaria, por lo que toca á la idea general, las repetidas alusiones dantescas, algunas verdaderamente de escasas pretensiones como v. gr. la de aquella lágrima de Horacio que borra la inscripción de la entrada del infierno leida por Alighieri. Todas estas reminiscencias de la *Comedia* hacen del *Drama universal* un ensayo académico, escrito en vista del modelo; son un tema de variaciones más ó menos inspiradas, porque tienen el defecto capital de todas las fantasías sobre música ya inmortal en su primera manera. Pero si prescindiendo de esto, que condeno, y del alcance filosófico del poema, que ahora no juzgo, llego, por fin, á lo que quiero hacer notar. Lo que no vale poema el *Drama universal* lo vale como como arsenal, como conton poético, y en él manifiesta Campoamor cualidades de poeta descriptivo, que no suele lucir en otras obras suyas; y en lo que toca á la narración, genuinamente poética puede asegurarse que el *Drama universal* ofrece modelos que no ha igualado ninguno de los poetas españoles contemporáneos.

Creo conveniente estudiar esto con alguna detenimiento, porque en el *Drama universal*, tienen, á mi juicio, no poco que aprender los poetas españoles jóvenes que suelen acudir para encontrar modelos á fuentes menos puras, por lo que importa á la forma, ya de otras obras de l mismo D. Ramón, ya de otros autores contemporáneos.

Dejemos, pues, el *Drama universal*, por lo que atañe á la filosofía y á la de don Ezequiel, y hablemos en el próximo y último artículo, de los episodios del poema y de su estilo.

CLARIN.

(4) Verso del *Discurso preliminar*.

Manzanilla, 22 junio 1891.

EL DRAMA UNIVERSAL.

Una nueva edición del *Drama universal* de Campoamor, publicado en Valencia por el editor Pascual Aguilar, me parece motivo racional para decir algo de este poema, injustamente tratado por

La atención general está hoy concentrada en la visita del joven emperador de Alemania á su augusta suegra la reina Victoria.

Descartando como inverosímiles los mil comentarios que del viaje se hacen, y sin dejar de reconocer la probabilidad de que tras del viaje se oculte un fin político, lo cierto es que son muchos los que creen que el principal objetivo del joven emperador ha sido satisfacer su deseo de viajar y ver la altura á que se encuentra el imperio británico en materia de guerra.

Por eso en lo único en que ha manifestado empeño es en ver una revista, deseo á que naturalmente se ha accedido con gusto por el gobierno de S. M. británica.

De cuantos chismes y cuentos han circulado acerca de rozamientos entre el tío y el sobrino, ni yo puedo creer que éste cometa la indisculpable ligereza de indisponerse con aquel, ni el Príncipe de Gales es capaz de sufrir que su sobrino se las eche de dómimo con el. Creo, por el contrario, que le recibirá cordialísimamente, aún cuando no fuera más que por rendir tributo á la buena educación, pues al cabo y al fin no se invita á nadie á que venga á la casa propia para no hacerle la estancia en ella lo más grata posible.

Esto es tanto más de creer cuanto que el joven monarca, según parece, no obra tan á la ligera como se cree, puesto que, según una curiosa revelación del correspondiente de *El Times* en Berlin, la caída del Príncipe de Bismarck no ha sido una resolución tomada de pronto, sino que estaba ya acordada por el primer Guillermo, así como el nombramiento del sucesor, que era el que después ha sido nombrado general Caprivi.

El motivo, según parece, fué que el anciano emperador llevó muy á mal el nombramiento de ministro hecho en favor del conde Herberto de Bismarck, nombramiento que el emperador calificó ante un grupo de generales como un acto de nepotismo.

Sea de ello lo que quiera, no tardaremos en saberlo, porque el canciller no es mudo y está ya aguzando la lengua para hacerse oír en el próximo otoño.

Ayer llegó el angusto huésped á Windsor, y en los diez días que ha de estar en Inglaterra no ha de poder dar abasto con facilidad con todo lo que tiene que hacer.

Magníficos arcos y preparativos adornan calles y plazas, vistosas colladuras ondean por medio de ellas en la forma que aquí se vea, muy diferente por cierto de la de nuestro país.

La visita regia á Ginebra promete ser espléndida é imponente. También debe ser mucho la función de gala en Covent Garden. El ver por las calles de Londres tropa de las tropas de la noche, será una novedad que tanto le mere-

Don Leon refirió al hecho á todos los vecinos tratables de la casa, y los que se consideraron con méritos suficientes para ser cogidos por los hechos municipales

2009 Ministerio de Cultura

En la sala de Covent Garden, el efecto de los uniformes en los hombres y trajes de corte en las señoras, que es de rigor. Pero aquí sí que puede decirse que serán pocos los escogidos. Los uniformes particularmente, donde más podrán lucirse es en Wimbledon, cuando tenga lugar la famosa revista. Ya se pagan a precio fabuloso las ventanas de algunas casas por cuyas calles ha de ser forzado el tránsito del regimiento.

El miércoles llegará a Gaddugton el emperador, en tren especial desde Windsor, y recorrerá en carruaje las calles de London, Hyde Park, Constitution Hill al Palacio de Buckingham, adonde debe llegar a las ocho para ir a las ocho y media a Covent Garden, yendo al teatro por St. James Park, Pall Mall, Leicester Square y llegará a la Opera a las nueve de la noche.

El jueves nueve saldrá el emperador del palacio de Buckingham a las cinco de la tarde, para ir a Malborough House por Pall Mall, St. James-Park a la fiesta en el jardín del Palacio de St. James. La reina llegará próximamente al mismo tiempo por el mismo camino, y se volverá a Windsor a las nueve.

En la misma noche a las nueve y media irá el emperador al Salon de Albert (Albert Hall), de donde regresará al palacio de Buckingham a eso de media noche.

El viernes 10 el emperador visitará la City y pasará por Cheapside para ir a Guildhall. Después del lunch en Guildhall, volverá al Palacio de Buckingham e irá a comer con el duque de Cambridge y volverá al baile del Palacio de Buckingham.

El sábado irá en coche a las dos de la tarde a la embajada de Alemania, donde tomará el lunch, saliendo a las cuatro de la tarde para Wimbledon y volverá por la misma ruta por la noche. Ese día irá al Palacio de Cristal, donde habrá función de gala.

El sábado, día de llegada, SS. MM. descansarán y tuvieron un concierto en Windsor.

Dios quiera que todo ocurra sin la menor alteración.

Ya son esposos felices Mrs. O Shea y Mr. Parnell.

La celebración de la boda tuvo lugar con el mayor secreto posible. La novia lucía vestido negro de brocado de seda con una manteleta de encaje y sombrero negro con rosas encarnadas.

La razón de haberse casado en Steyning, es sencilla. No le fué posible a Parnell, según ha dicho a una reporter, conseguir la licencia para casarse más que allí, y para no demorarlo más aceptó el casarse en Steyning civilmente, reservando para después la ceremonia religiosa que tendrá lugar en Londres dentro de quince días, tan pronto como haya puesto casa en Londres.

Con respecto al casamiento Parnell, declara que no ha influido en él absolutamente nada la cuestión política.

—Mi mujer y yo—dice Parnell—somos completamente felices. En cuanto a mí, puedo asegurar que ahora disfruto de la felicidad más grande que podía experimentar en mi vida.

Un reporter de The Star dice que vio al ex-Líder proveyéndose en Cheapside, días antes, de todo lo necesario para su enlace, y describe al fiero Líder de otras veces preparándose para su próxima campaña conyugal.

El corresponsal de The Star vió a las siete de la mañana del miércoles a mister Parnell, rebotando alegre, puesto de veinticinco alfileres, con una flor en el bojal de la levita, con paso menudo y cara sonriente, mariposear de tienda en tienda.

En una de ellas, Mr. Parnell se detiene, hace que le presenten todo el muestrario y elige, después de minucioso exámen, el anillo que ya dice en la mano de Mrs. O'Shea que ha dejado de llevar este nombre y que le corresponde el de Mr. Parnell.

Así pudo pensarlo el corresponsal al ver desde la calle un hueco en el muestrario de anillos.

Bajo el punto de vista de los católicos irlandeses, no existe, ni ha existido, matrimonio, en absoluto, entre Mr. Parnell y Mrs. O'Shea. No puede existir mientras viva el capitán O'Shea. El matrimonio de éste fue un sacramento y una ceremonia católica, que no puede ser anulada por la conducta de la mujer. La autoridad de la Escritura ha debido prevalecer: «Lo que Dios ha unido, el hombre no puede separarlo.» Ningun católico debe reconocer en los tribunales ingleses o en la reina inglesa un poder respecto a los sacramentos católicos que la misma cabeza visible de la Iglesia católica no puede deslindar.

Para los católicos, Mr. Parnell y mister O'Shea están exactamente en las mismas relaciones que antes de inscribirse juntos sus nombres en el libro de registro del matrimonio civil.

Todo esto dice la prensa, y yo séo digo que los deseos más felices en esta vida y que Dios les permita sus, venidos en la otra.

News Paper invitó a sus lectores, hace algún tiempo a que por sufragio universal le confirmaran o cambiaran el título. Cada votante debía enviar el título que creyere más adecuado, y muy grande ha sido la satisfacción del periódico al ver que la mayoría ha opinado que el nombre de El News Paper es el más adecuado.

Hé aquí el resultado de la votación: El News Paper..... 7396, The Summary..... 3524, The Epitomiste..... 1863, The Outlooker..... 1959, The Ynformer..... 1237, The Digeste..... 1095

El bautizo de la hija de la princesa Alejandra de Gales, duquesa de Fife, se ha celebrado en Windsor con gran pompa. La ceremonia tuvo lugar en la capilla real del palacio. Cuando llegó la reina a la capilla, el duque de Fife le dió el brazo y la acompañó hasta la capilla, en donde se sentó en los sillones preparados para los padrinos, a la derecha del altar, uniéndosele poco después los príncipes de Gales.

El arzobispo de Canterbury, ayudado por su capsallan, actuó con las ceremonias de costumbre. El agua con que fué bautizada la princesita ha sido traída del Jordan; por lord Ronton.

Asintiendo a los deseos de los duques de Fifes, la niña no llevará el título de alteza, sino el de lady Alexandra Duff; por consiguiente, la ceremonia fué sumamente sencilla; la recién nacida, en los brazos de su nodriza Grieg, fué la primera que llegó al altar, recibiendo una infinidad de besos de las princesas reales al sentarse éstas allí.

Cuando preguntaron a la reina: ¿qué nombre quiere V. M. se dé a la bautizante? respondió claramente, sin la menor excitación: Alejandra, Victoria, Alberta, Eduarda, Luisa. El primer nombre es el de la princesa de Gales y del duque de Fife, que llevan el mismo; el segundo el de la reina; el tercero el cuarto los del príncipe de Gales y el duque Clarence, y el quinto el de la madre.

Después del bautizo ocurrió un episodio gracioso. El arzobispo se disponía a devolver la recién nacida a la reina; pero S. M., que probablemente conocía mejor que el arzobispo lo que la costumbre preceptúa, indicó a la princesa de Gales que era obligación suya, como segunda madrina, recibirla. La princesa tomó otra vez la detenida criatura y después que la reina la dió un beso en la frente, la entregó a la nodriza.

Tan pronto como terminó la ceremonia, la reina regresó a sus habitaciones.

Katy Greenfield, nueva Elena, va a ser causa de una guerra parecida a la de Troya. Se ha telegrafado al gobernador general de Azowajan, por real despacho, para que obtenga la libertad de la joven secuestrada, a todo trance, y se dice que los Kurds han declarado que si se usa de la fuerza devolverán el cadáver de la joven.

El príncipe Nosrat Dowlech, con una fuerza de 800 infantes y 150 caballos y una batería de artillería, ha salido de Tauris para Sonj-bolak. Dos regimientos de 300 hombres se unirán al príncipe en Miansob.

Katy Greenfield, aterrada por los Kurds, se resiste a ir donde mandan las autoridades locales, porque está convencida de que la matarán en el momento en que salga del consulado.

Hasta ahora habíamos visto raptos marítimos y terrestres; pero el progreso de los tiempos ha dado origen a un nuevo método: el rapto en globo.

Una señora llamada Mrs. Godriche se presentó a las autoridades de City Hall de San Luis con el objeto de reclamar su hija Clara, que se había escapado la semana anterior con un aeronauta llamado Walter Coper.

La joven, vestida de hombre, con un traje de su hermano, se escapó a Pittsfield, donde ascendió en el globo con su amante. El padre la persiguió, pero llegó justamente en el momento en que comenzaba la ascension. Espera a saber donde han ido a parar para seguir sus pesquisas y ha jurado que en donde encuentre al raptor, lo mata.

De manera, que a menos de no vivir en el globo (no en el terráqueo, en su nido de amores) me parece que el aeronauta va a pagar cara su broma del rapto aéreo.

Los periódicos de la vecina república dan cuenta, con gran encomio, del nombramiento de delegado de Hacienda de España en París, recaído en nuestro compatriota Sr. D. Carlos de Ochoa Madrazo.

La Liberté dice: «Con gran contento hemos sabido que por real decreto firmado en Aranjuez, por S. M. la reina regente, D. Carlos de Ochoa Madrazo ha sido nombrado delegado de Hacienda de España en París.

En el momento en que los títulos de toda la deuda exterior van a ser renovados, el nombramiento del Sr. Ochoa tiene doble importancia, porque demuestra la confianza que el gobierno presidido por el Sr. Cánovas del Castillo pone en las cualidades morales y profesionales

financiera del señor Ochoa Madrazo.»

Nos complace extraordinariamente que se haga justicia en el extranjero a nuestros compatriotas, máxime cuando el elogio es evidentemente justo.

B. DE OYA.

Londres 2 julio de 1891.

DESDE EL BOULEVARD

El acontecimiento de primera magnitud en Europa es la renovación de la Triple Alianza.

Torrentes de tinta se han derramado sobre el papel de ocho ó diez días a esta parte para discurrir, primero si el pacto entre las potencias centrales había ó no sido renovado; después para sorprenderse de que la renovación fuera consumada ó para deducir los consecuencias de tal hecho político.

Confesamos humildemente que nuestra verdadera sorpresa hubiera sido que la triple alianza hubiera espirado sin renovarse, y que era sobrada inocencia pensar que las tres potencias aliadas iban a esperar a renovar sus pactos la fecha en que éstos debían concluir.

Mientras subsistan en pie los amenazadores problemas creados al terminar la guerra del 70 y pasablemente embrollados en los veinte años siguientes; mientras franceses y alemanes sigan echándose miradas de odio por encima de la Alsacia-Lorena; los rusos y los austriacos continúen enseñándose los dientes a través de los Balcanes; los italianos pensando que su rango de gran potencia estriba en sus alianzas con los imperios del centro, y no se apagnen las ambiciones, entre todos compartidas, de comerse pequeños estados, como la Servia, la Bulgaria, el Luxemburgo, ó la Holanda, ni se disipen sueños, bien naturales, de revancha ó de reintegración de territorios, en mal hora perdidos, el equilibrio europeo tiene que tener por punto de apoyo la punta de las bayonetas y Europa estar convertida en un cartel.

Y como mientras tal situación subsista sería insigne locura que cada nación pensara en aflojar los lazos que duplican ó triplican sus fuerzas, y lo cuerdo es apretarlos y buscarlos nuevos, era lógica indistintamente la renovación de la que los aliados llaman liga de la paz, y que lo será, a nuestro juicio, mientras los que la formaron no quieran, ó necesiten hacer la guerra.

Es inútil repetir que la Triple Alianza obliga a constantes y progresivos armamentos que arruinan a Europa entera, empezando por las tres naciones aliadas.

El bello ideal del desarme no puede realizarse si la media docena de naciones que ocupan el primer rango no se ponen de acuerdo, resolviendo a su mutuo gusto y conveniencia, en paz y en gracia de Dios, las dos ó tres gruesas dificultades que las dividen; y desgraciadamente se ha visto, a poco que se tante el terreno, que esa pacífica inteligencia y esas pacíficas soluciones son sólo sueños.

Cambiar las cosas de como han quedado en el mapa de Europa, es hoy por hoy imposible de otro modo que con una guerra desastrosa.

Vale más, pues, la paz armada de que disfrutamos..... ¡y mucho dure!

Los ingleses, que siempre se distinguieron como hombres prácticos, y a quienes les tiene sin cuidado que en el continente nos hagamos harina de flor si sobreviene el choque, con tal de conservar ellos el imperio de los mares, que les asegura su rico imperio colonial, han acabado por arrimarse más ó menos directamente a la triple alianza, y con ese estilo puro inglés que llevan a todos sus contratos sin obligarse a nada ó a casi nada, han previsto el caso de la guerra europea y tomado sus medidas para que no se cambie en nada la situación actual del Mediterráneo.

Esto que a algunos parecía una novedad cuando se ha sabido, no nos ha sorprendido; como tampoco nos sorprendería el día de mañana que al mismo tiempo hubieran hecho otro convenio con Francia ó con Rusia que les asegurase la neutralidad del Canal de Suez ó la posesión de la India. Cosa en que los ingleses ganan sin arriesgar nada, la encontraremos siempre perfectamente natural. Lo que no creíamos, aunque lo viésemos, sería que el resultado práctico del viaje del emperador Guillermo a Londres, fuese la adhesión de Inglaterra a la Triple Alianza, en forma análoga a la que ocupa hoy Italia, de auxiliar con todas sus fuerzas a cualquiera de las otras potencias atacadas.

Si el emperador Guillermo, tan aficionado a las sorpresas, no se hubiera cansado de asombrar al mundo, tenía ahora una buena ocasión de cubrirse de gloria y facilitar el campo de ese bello ideal de la paz sin armas.

La adhesión, aún casi platónica de Inglaterra a la Triple Alianza, que parece ser el objetivo práctico del viaje, daría nueva fuerza para poder, sin ser culpable, enmendar el error de Bismarck y Moltke de la anexión de la Alsacia Lorena y proponer a un Congreso europeo la neutralización de esas dos provincias.

Padre más por hoy sería política solo justificable en el amor patrio y en los legítimos sentimientos de los franceses. Pero ¿cómo hoy se podría hacer con la neutralización sería fácil a la vista de algunas cosas que Alemania y Londres

decidieran en un plebiscito cuál había de ser su definitiva nacionalidad. Y de aquí entoces esa nueva situación de las fronteras, ese primer cicatrizante puesto a la herida que dejó abierta la guerra del 70, habría preparado el terreno para la entrada de Francia en la triple alianza, que entonces con la Inglaterra ya adherida sería quintuple y se habría llegado a la única solución pacífica del problema europeo, y solo así, con guerra ó sin ella, podría contenerse en día no lejano el desbordamiento sobre Europa entera de la raza slava.

Desbordamiento inevitable y terrible para lo cual ni las alianzas ni los aislamientos actuales serían dique bastante fuerte.

Pero vaya usted a saber si el emperador, que quiere indudablemente cubrirse de gloria, lo vé por ese camino... ni si estas hipótesis nuestras son un solemnisimo disparate.

Por telégrafo hemos enviado a esos lectores las fases que ha recorrido la proyectada y fracasada huelga de la alimentación.

Si insistimos sobre este asunto no es para ampliar el relato de los últimos sucesos—lo cual sería simplemente cansar al lector—sino para sacar las consecuencias de esos sucesos mismos, en las cuales se encierra una lección tanto para los obreros como para los que se ocupan, y deben ocuparse, de los problemas sociales y del movimiento obrero, que han de ser la característica de este año 1891 y el punto capital de la historia de este fin de siglo.

En este conato de huelga de panaderos y carniceros ha resaltado con toda la fuerza del hecho brutal que cuando el obrero tiene trabajo y este trabajo está suficientemente retribuido, no bastan los esfuerzos de los agitadores para arrastrar a ese obrero a la huelga, y que la materia más dispuesta a la revolución social con todas sus terribles consecuencias son los obreros sin trabajo por falta de él, y los que nunca trabajan porque no les da la gana y esperan pescar a río revuelto.

Los políticos y los legisladores deben, pues, aprender en tales ejemplos que el movimiento actual debe encauzarse por tres esfuerzos paralelos: leyes paternales para los obreros de veras, leyes severas contra los vagos, y política y legislación que tiendan a abolir la miseria abriendo fuentes de trabajo.

En las grandes industrias y en las minas, donde verdaderamente puede ser explotado el obrero, es donde irá el remedio con las leyes que actualmente estudian todos los gobiernos sobre reglamentación del trabajo, reposo dominical, cajas de socorros y de retiros.

Los oficios, el campo de operaciones del obrero artesano, se pacificarán limpiando de vagos y agitadores de profesión las grandes ciudades.

Y todo cuanto tienda a abrir fuentes de trabajo y abaratar la vida producirá en el verdadero trabajador de la clase que sea un bienestar que le aleje de ideas negras y violentas, una ocupación que le haga desear la paz y no los trastornos que le impidan todo trabajo.

Y cuando a más de esto al obrero se le dé tiempo para instruirse y se le obligue a la instrucción facilitándosele, los agitadores encontrarán en él la misma resistencia a seguirles que han encontrado la semana anterior en París en los panaderos que amasan a diario y los carniceros que matan y cortan todos los días.

Los países que así lo comprendan—y España no parece que ha empezado a comprenderlo con las leyes obreras en proyecto—encanzarán el movimiento sin ser ahogadas por él, pues pretender ponerle un dique es insigne locura y hasta la voz de la Iglesia se ha levantado elocuentemente en este sentido en la notable Encíclica de Leon XIII últimamente publicada.

RICARDO BLASCO.

Paris, 1.º de julio de 1891.

Si este fin de siglo ha de distinguirse por acontecimientos verdaderamente maravillosos, la semana última, si cumple todo lo que nos tiene anunciado, habrase ganado justamente el calificativo de semana fin de siglo.

Un sabio ilustre ha echado a volar la noticia de que uno de estos días demostrará con experiencias públicas que tiene resuelto, por lo menos en principio, el problema de la navegación aérea.

Desde que Montgolfier—inspirado en los sueños que habían tenido unas aguas de su mujer infladas por el aire caliente que recogieron al ser gustadas a secar recién alumbradas—cocinó y ejecutó la idea de lanzarse por los aires en un globo de papel, han sido infinitos los inventores que han anunciado a la humanidad la resolución de tan arduo problema sin que la humanidad haya visto volar más que las ilusiones de esos mismos inventores.

Porque, vamos a contar, no puede llamarse vuelo a ir en la atmósfera a merced de los vientos, como lo hace hoy cualquier especie de aves de feria ó cualquier aeronauta a las emociones fuertes. Volar ha de ser navegar en la atmósfera dirigiéndose y moviéndose en ella como el marino se dirige sobre la superficie del agua y como, por desgracia, no

ha llegado aun a poder navegar bajo esa superficie.

La maravilla, ó por mejor decir, el maravilloso descubrimiento que se nos anuncia, no es la dirección de los globos. Si así fuera, nos hubiera dejado la noticia tan fríos como los que anteriormente nos han prometido en vano construir globos dirigibles.

Siempre hemos creído que así como se ha conseguido la navegación acuática por medio de aparatos que se aproximan en su forma y mecanismo a la forma y medios de acción del pez—que no otra cosa son los barcos—así mismo, si alguien nos ha de llevar por los aires será aquel que consiga apoderarse de los secretos que encierra el organismo de las aves y sepa construir aparatos que como ellas se muevan a voluntad en la atmósfera.

Con los globos no se conseguirá nunca sino flotar en la atmósfera a merced de los vientos, como con una pelota vacía ó llena de algún fluido más ligero que el agua, conseguiríase solo flotar en dicho elemento a merced de las corrientes y de las olas.

Se trata en el caso presente de algo que pudiera aproximarse a la solución del problema—y solo esta aproximación sería un paso de gigante y el nombre del inventor que nos lo anuncia merece crédito.

Ader, el inventor del teléfono, hoy casi universalmente adoptado, es quien nos promete las emociones de que disfruta el pájaro en el aire.

Seis años de estudios y secretas tentativas; numerosos viajes a las regiones más altas del globo para estudiar de cerca el águila y el condor, esos reyes del espacio, parece que han conducido al ilustre sabio a ir perfeccionando un invento que no ha querido ensayar públicamente sino al estar seguro de su aparato.

Ader ha construido ó pretendido construir un pájaro, es decir, un aparato en que cada pieza responda en su estructura y su utilidad a los huesos, músculos, plumas, etc., que el pájaro utiliza para moverse en el aire.

La vida será infundida a este aparato por la fuerza que dentro de cien años—acaso antes—gobernará el universo entero: la electricidad.

Las experiencias que se nos anuncian en ras modestas, como el inventor. De buenas a primeras no pretende subir y moverse a millares de metros de altura. Ader demostrará la posibilidad de la navegación aérea a quince ó diez y seis metros de altura y en un espacio relativamente limitado.

Si el aparato de Ader sirve será cuestión de tamaño y dinero el subir más alto y volar más lejos.

Si no sirve... no tendrá necesidad de caer de las nubes para convencerse de que el aire sigue siendo libre y resistiéndose a que el hombre lo domine.

Pero hay algo más notable, más gordo entre las maravillas que en la semana se nos han anunciado.

La navegación aérea se quea tamafita ante la posibilidad de acabar con los médicos.

Quevedo y Montoya, deben haberse recogido en sus tumbas, si hasta ellas han llegado los ecos de la proposición que un Sr. Khorf ha hecho al Municipio de París.

El Anti-Médico, como por aquí se le llama ya, propone construir, a sus expensas, un hospital en el cual los enfermos no tomarán medicinas, se limitarán a seguir los principios higiénicos más en armonía con la naturaleza humana y a alimentarse con lo que la naturaleza ofrece a la voracidad del hombre, sin adobos, condimentos, vinos, alcoholes y otros venenillos más ó menos disimulados y menos ó más agradables.

Khorf ofrece, si al cabo de un año de funcionar su hospital no han salido de él curados más enfermos que en los hospitales regidos por médicos y en que se cura (ó se mata) con drogas, cien mil francos para los pobres de París.

A la proposición ha acompañado un cheque por dicha suma como garantía de su palabra y como prueba de que cuenta con dinero bastante para construir su famoso hospital.

El Ayuntamiento de París parece que se resiste a aceptar la proposición de Khorf.

No creemos que esa resistencia nazca de que París cuenta una media docena, larga, de concejales médicos.

Pero quizás por haber llegado en sus teorías a ciertas exageraciones (que se prestan a la risa), no vea Mr. Khorf, construido su hospital, y perdidos, acto, la ganga de que queda demostrada palmariamente que los médicos son una de las plagas más terribles de que sufre la humanidad.

Mr. Khorf, interrogado por un periodista, amen de cosas un tanto discutibles, como que debe dejarse crecer el pelo y la barba sin cortarlo jamás, y que deberíamos contentarnos, en materia de vestido, con lo que la naturaleza nos hiciera crecer sobre la piel, he dicho cosas muy bastas en razón.

Realmente sus teorías sobre el vestido—mejor dicho la no vestimenta—puestas en práctica recogerían a algunos al principio. Pero cuando vamos en que durante inviernos como los que se pasan en París, ese traje primitivo sería poco abrigado. La naturaleza ha sido

pero previsoro con el hombre y no le ha dado un abrigo de pieles natural, como el oso.

Pero dejando á un lado estas exageraciones, que se prestan á lo cómico, las teorías de Khorf y su proposición tienen mucho de bueno.

Se reducen, después de todo, á poner en práctica la medicina natural, la única que los mismos médicos reconocen racional y eficaz, el combatirla con el científico nombre de higiene.

Un hombre hace vigoroso y sano. Desde su infancia se comiencen á estropear sus miembros, espartar sus nervios, tiranizar sus órganos, abrasar su estómago con una porción de productos cuya ingestión no había previsto la naturaleza.

El cuerpo tolera en la infancia las sales minerales, los venenos, las resinas cáusticas, las bebidas nauseabundas... pero no tardará en vengarse.

La mayor parte de las enfermedades que contrae á los treinta años, suelen provenir de lo que le hicieron tragar para curarse cuando era niño.

Se podrá tachar de vulgaridad el exponer estas teorías; pero ¿quién negará que no hay mejores remedios que el sueño, el aire puro, el ejercicio, el agua limpia, las frutas, la abstención del tabaco, del alcohol y de otras muchas cosas tan agradables como malsanas?

Pues esta era la medicina que propone para su hospital Mr. Khorf.

Después de todo, con eso y unos globulitos, curan los homeópatas.

Y el hospital que proponía sería un hospital para los enfermos.

Los hospitales actuales suelen ser para los médicos. Dígame si ó el sabio ánimo de cuyas experiencias dió cuenta días pasados el doctor Cornil en la Academia de Medicina y que han producido la indignación de todo el mundo.

Era éste un cirujano que se entrena en hacer experiencias en *anima vili* y aprovechando el sueño producido por el cloroformo en los enfermos de cáncer que operaba, al extirparles el cáncer en una parte del cuerpo, se lo inoculaba al mismo enfermo en parte distinta... á ver si prendía.

Y ya lo creo que prendía! Lo que no aprendió ese apreciable doctor, á pesar de estos *jugos* científicos, fué la manera de curar tan terrible enfermedad.

Los chinos son gentes avisadas y en su manera de tratar al médico está conforme Mr. Khorf. Le pagan mientras están buenos y en cuanto se ponen malos, el médico deja de cobrar hasta que vuelven á gozar salud.

Y es natural, la salud es lo que vamos á comprarle al médico y solemos pagarle por irnos al otro mundo con sus drogas.

Verdad es que yo conozco algunos que son más avisados que los chinos. ¡No pagan al médico jamás! ¡Lo cual es valor! Porque se atreven hasta ponerse malos y seguirle llamando.

RICARDO BLASCO

Paris, 3 de julio de 1891.

A SELGAS (1)

CANTOR DE LAS FLORES

Como justo homenaje á tu memoria un ramo quisiera hacer con bellas flores, de las que tú cantaste con ecos de dulzura arrobadores, ipeno al morir de la vida, las flores sin aroma y sin colores!

Y no puede rendirte el alma mía el pobre, modestísimo tributo, que rendirte quería... ¡Por tu muerte lloraba todavía las flores del vergel, están de luto y envuelta en negras tocas la poesía!

Ann lloran con tristesimos aceros, de eterna melancolía, amargura, al poeta que sus dulces sentimientos expresaba con cónica ternura, con entusiasmo fervido y vehemente que al alma prometía augusta calma... ¡El vate no comiencera si no siente la poesía en el alma!

Tu la sentías como don del cielo, en toda su magnífica grandeza, y la adorabas con ferviente anhelo... En la Naturaleza.

encuentra tu espíritu el consuelo, con que brinda al artista la belleza! Y así cantabas las sublimes obras del Supremo Hacedor, y era tu canto, impregnado de línguida dulzura, suave nota en el himno sacrosanto, con que al Creador bendice la Naturaleza.

Mas de tu voz los ecos seductores para siempre extinguió la muerte implacable... ¡Por eso están de pesame las flores, y envuelta en negras tocas la poesía!

¡Ha poesía! En el lodo, desenterrando y total naturalismo manchada vé su espléndida belleza, ó insulta su pureza la brutal carejada del cinismo.

Ya no es la casta virgen pudibunda que tú adoraba con amor bendito, es el ángel precito, es la sirena, perletrix inmunda.

¡Las cosas guardadas de su polvo! Ya no cantan grandiosos ideales, si en torno suyo mira, ensalza el vicio, canta la miseria, que se oculta en mundanos torzalos; ya no es de la virtud símbolo y palma, que al vivir encerrada en la materia perdió la venturosa paz del alma.

(1) Composición propia. Cada en el recienite certamen de Madrid.

Y solo encuentra en la verdad falata, ambicion en el santo patriotismo, en el amor traicion y felonía, en la inocencia ruin hipocresía, en la noble amistad, vil egoismo.

Arte mezquino, el arte que del eterno Bien al hombre aparta y no eleva hasta Dios el pensamiento... ¡Naturalistas! Falta á vuestras obras la fe del corazón... ¡el sentimental!

¡Ah! Cantor entusiasta de las flores que hallabas siempre delicadas, bellas cual si vases en ellas, en temas de primas amores.

Las rosas, azucenas y jazmines, símbolos del pudor te parecían, porque en el alma tuya no cabían sentimientos bastardos y rínicos.

Admirabas el culto que ofrecían las flores á Natura,

como el culto que al cielo dan los astros con los destellos de su lumbrera pura en que el misterio de la luz se encierra...

¡Quizás juzgabas en tu dulce anhelo que las estrellas son flores del cielo y las flores estrellas de la tierra!

Y conociendo el corazón humano, sabiendo sus intensas amarguras, veía tu idealismo soberano emblemas de venturas.

En las flores que adornan los verjeles, en las rosas de mayo, siempre puras, en los lirios y narcisos y claveles.

Y es que pensabas que si en seca tierra florecen irisados pensamientos, así en el alma en que la fe se encierra brotan puros y castos sentimientos.

Que si al grato perfume de las rosas el ambiente embalsama,

el corazón que en el amor se inflama, percibe los oliviscos seductores de grandiosos ideales que venera con entusiasmo y fe... ¡porque las flores más bellas y queridas

de un noble corazón son sus amores! Bien hiciste al cantar en tus sentidas poesías delicadas,

bellezas por tí sólo comprendidas, ternuras por tí sólo reveladas.

Bien hiciste, poeta inolvidable, cantando las grandezas ignoradas que sólo al genio comprender es dable; de tu obra el recuerdo subsiste en los honrados corazones que al encomiar tu inmarcescible gloria no te otorgan mundanos galardones...

¡Muestran mejor tu terrenal memoria con lágrimas de amor, con bendiciones.

Fuiste cantor de todo lo grandioso, tu espíritu entusiástico y sereno en lo deforme no trocó lo hermoso...

¡Amaba la virtud, odiaba el cinel! Mas de tu voz los ecos seductores para siempre extinguió la muerte implacable... ¡Por eso están de pesame las flores y envuelta en negras tocas la poesía!

CALIXTO BALLESTEROS

LA SIESTA DEL LEON.

(Victor Hugo)

Duerme el leon en su cueva, con el sueño abrumador de una siesta en que el calor el sol en átomos lleva.

El desierto, que procura escuchar, respira en tanta, pues le causa fiero espanto al huésped de la llanura.

Su respiración sin ruido se agita; el ojo entornado está; duerme sin cuidado, enormemente estendido.

Pinta la paz de la muerte su faz, y tiene en su sueño, del sabio, el altivo ceño, la una tranquila del fuerte.

El sol, que seca cisternas, no pone á su sueño fin; parece un bosque su crin y su boca las cavernas.

Ve acaso osos y pelones, montes que al cielo se atreven, en esos sueños que deben agitar á los leones.

Todo crulla en monte y llano, do sus pesos se extravían, ¡Cuántas moscas volarían si él no viese pata ó mano!

JAYME MARTI-MIQUEL

MOJSAICO MADRILEÑO

Ma... arid de viaje. — Los que nos quedamos — Un absurdo tributario.

En vano ha sido que la ciencia médica y la estadística declaren que Madrid es una estación de verano muy aceptable, en tanto que es funesto durante la estación de invierno. La costumbre, más poderosa que la ciencia, trae á las gentes acomodadas á esta antecala del cementerio, en cuanto se registran las primeras pulmonías y la hace emigrar así que empieza á dejarse sentir el calor.

Antiguamente solía preguntarse: — ¿Sale usted este verano de Madrid? Hoy, dándose por indudable la salida, variase la forma de la pregunta, y se dice: — ¡A dónde va usted este año?

Las constataciones no pueden ser más variadas, y en ellas van desfalleando los nombres de todas las playas y de todas las estaciones balnearias y todas las aguas medicinales. Por fortuna, y en

buena hora se diga, basta leer los prospectos de nuestros establecimientos de aguas para que se comprenda que aquí el que se halla enfermo será porque se le antoje, pues no hay fuente mineral que carezca de virtudes medicinales bastantes para devolver la vista á los ciegos, la fortaleza á los anémicos, la ligereza á los baldados y hasta la vida á los cadáveres. Además, la existencia en dichos establecimientos es cosa de gusto; hay algunos donde los enfermos tienen que dormir en los pasillos y donde se repite á diario el milagro de dar de comer con cinco perras y siete peces á quinientas ó seiscientas personas; pero en cambio hay salones para música, baile y otros placeres menos inocentes y en ellos puede lucirse el traje que han impuesto los últimos figurines de París. Nada en ellos de tristezas ni aflicciones; si un bañista se muere, hay muy buen cuidado de que no se enteren los vivos, para lo cual se saca su cadáver durante las horas de la noche consagradas al descanso, ó utilizando el momento en que los demás bañistas se entregan al placer del baile, ó escuchan entre los intermedios del mismo, á un violinista incansable, un pianista despiadado ó uno de los poetas que tratan de crearse un nombre escribiendo odas á los manantiales sulfuroso-sódico-azoado-nitrogenado-ferruginosos de la Península.

Y en busca de esos manantiales y de esas playas marchan hoy infinitos madrileños, aunque es de creer, que muchos de ellos terminarían su expedición en las fértiles llanuras de Pozuelo de Alarcón, Getafe y Valdemoro; omnibus y jardinerías recorren incesantemente las calles con relleno de viajeros de uno y otro sexo y copete de mundos y sombrereras; las modistas velan para terminar los trajes de verano de sus parroquianas; muchos muebles de pisos principales pasan á las guardillas; los blancos papeles sujetos á los hierros de los balcones anuncian que la población de hecho disminuye notablemente, y el Monte de Piedad no se da abasto en abrir sus arcas á las alhajas de muchas familias, ignorase si con el carácter de custodia ó el de prestamista.

Madrid, el Madrid acomodado, aristocrático y elegante, se atropella en los andenes del ferrocarril, para huir de esta atmósfera de fuego y dentro de muy poco solo quedaremos aquí las personas de poco más ó menos, las que, sin ofensa de nadie, podemos hablárnos de tí.

Pero Madrid tiene también sus placeres en esta época del año; las alamedas del Parque de Madrid, durante las mañanas; la metálica tina doméstica en que podemos zambullirnos durante el día, mientras leemos un libro de viajes ó contemplamos un plano marino, para que la ilusión sea mayor, y por la noche podemos elegir entre el Prado, con sus agnuchos, los Jardines con sus conciertos ó las expediciones en tranvía hasta los altos del barrio de Salamanca, bautizados con el nombre de Biarritz. El sediento Manzanares nos llama á la vez con sus arenosos baches, que si no merecen el nombre de baños, nos autoriza á lo menos para pasar una hora con el traje paradisiaco que gastaron nuestros primeros padres, y esto ya es algo; en los Circos, convertidos en estanques, podemos envidiar á los que toman parte en las pantomimas acuáticas, y tenemos, al alcance de las fortunas más modestas, abanicos que nos renuevan el aire y refrescos más ó menos ingleses. ¿Quién nos priva, por otra parte, de repetir la *Sanjuanada*, zambullendonos en el pilón de la fuente de la Paerra del Sol?

Convengamos, pues, en que no es tan fiero el leon como lo pintan, y en que no hay mal ni bien que cien años dure; al calor asfixiante de estos días, sucederán las tronadas que Noherlessoon ha tenido la bondad de pronosticar para hacernos aquel más llevadero, y á las tronadas la fuga del verano.

Unos días malos y otras cuantas zarcuelas, peores que los días, nos trasportarán insensiblemente al período de las ferias, y ya para entonces comenzarán á regresar á Madrid, para hacer economías durante el invierno, los que hoy hacen gala y ostentación de grandezas por playas y balnearios, y Madrid recobrará su habitual aspecto.

Los que están frescos, á pesar del calor reinante, son los pobres vendedores ambulantes y muy especialmente los de periódicos. Su modestísima industria ha sido gravada con la contribución de un real diario, para cuya imposición ha puesto en olvido nuestro Ayuntamiento los más elementales principios de la ciencia económica.

«El tributo, dice ésta, debe repartirse equitativamente... Y hoy paga un vendedor de majuelas ó de periódicos NOVENTA Y UNA PESETAS anuales ó sea, muchísimo más que la inmensa mayoría de los comercios.

«El tributo debe gravar la renta y no tocar al capital...» Y hoy se empieza por exigir al que no tiene más capital que dos reales para un veinticinco de diarios, el cincuenta de aumento de dicho capital.

«No debe exigirse nada al que solo tiene lo necesario.» Y hoy se pide al que tiene menos, mucho menos de lo necesario, un sacrificio que esteriliza en absoluto su trabajo y su actividad.

El Municipio ha olvidado al propio tiempo el carácter especial de este comercio; en ocasiones, un veinticinco de diarios solo puede ser vendido por el padre de familia, su mujer y dos ó tres hijos, ó lo que es lo mismo, que para ganar dos ó tres reales problemáticos, esta familia tiene que empezar por soltar cinco efectivos.

La venta de periódicos merece también mayores respetos porque arranca de la mendicidad y de la vagancia á muchos cientos de individuos; porque es el complemento necesario á muchas familias, á quienes no puede alcanzar para las primeras atenciones de la vida el exiguo jornal de siete reales del padre ó del marido; porque es un elemento necesario de desarrollo y cultura intelectual.

Cierto es que el Estado y el Municipio en este caso necesitan de la tributación de cuantos viven bajo su amparo; pero ¿es seguro que pagan contribución todos los ciudadanos? ¿No habrá por ahí á poco que se profundice, capitales é industrias que no tributan, cuando sus rendimientos son inmensamente mayores que los de los pobres vendedores de periódicos? ¿Es justo que el pobre voceador de papel impreso sufra todas las cargas, pague relativamente mucho más que todos los propietarios é industriales ricos, y se vea amenazado del secuestro é inutilización de su capital, en tanto que los agentes de la autoridad se apartan para dejar paso al lujoso carruaje que ocupan acaso individuos que no tributan? Me atrevo á esperar que el Municipio volverá sobre su mal acuerdo, que ni es político, ni científico, ni caritativo, ni siquiera humano; porque los absurdos no pueden prevalecer, y el real que se exige al que dispone de un capital de dos, es sencillamente un absurdo municipal.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LIBROS NUEVOS

Romancero de D. Jaime el Conquistador, por doña Blanca de los Ríos. Madrid, 1891.

Las esperanzas que hicieron concebir á todos los amantes de las letras las primeras composiciones poéticas de la acortada doña Blanca de los Ríos, no solo no se han visto defraudadas, sino que han tenido brillante confirmación con el nuevo libro, cuya aparición señalamos y en el cual se observa excelente gusto, claridad laudable y verdadera inspiración. Comprende el libro los siguientes romances: Tradición.—Jaime.—Monzon.—La fuga.—La merced.—Bodas reales.—Los ricos-homes.—Muerte del mensajero.—El banquete.—La flota.—Sitio de Mallorca.—Al asalto.—El Puig de Santa Maria.—Cerco de Valencia.—La rendición.—Relato de un trovador.—Por la esada y por la ley.—Conquista de Murcia.—El concilio de Lyon.—Muerte del Rey y El Siglo XIII. Le acompañan varias y muy eruditas notas.

La edición es en extremo elegante y la ilustran dibujos de D. Vicente Lamperez fotografiados por Laporta y Laurent.

Con el título de Historia y crítica de la antigua doctrina de los estatutos, y principios que los sustituyen en el Derecho internacional moderno, acaba de publicar D. Tiburcio P. Castañeda un interesante volumen en que trata detenida y concienzudamente los puntos más culminantes de materias, de tanto interés como son todas las que se refieren al Derecho internacional, tan en boga hoy en el mundo jurídico.

Extranjeros ilustres. G. Flaubert, biografía y estudio crítico por E. Zola. 1891. Estudio que, como todos los análisis de Zola, ofrece un doble interés: el de la figura literaria de Flaubert y el que le presta la precisión de juicios y desenfadado estilo del ilustre jefe de la escuela naturalista.

Formando un precioso volumen de 200 páginas, acaba de publicar el laborioso y distinguido escritor D. Apolinario Rato de Argüelles un excelente vocabulario Bable, adicionado con una gramática del mismo dialecto.

Este notable trabajo es de gran utilidad y digno de sincero elogio.

Leopolda Gassó y Vidal.—Colección de sus trabajos literarios, precedidos de una neología de doña Concepcion Jimeno.—Madrid, 1891.

Este libro no se ha prestado á la venta. Costeado por la amante y desconsolada madre de la joven escritora y artista, dedícase á cuantos tuvieron la suerte de conocerla y tratarla, pudiendo apreciar las condiciones de bondad y talento que la señora Jimeno hace resaltar en su neología.

El número de *La España Moderna* correspondiente al mes actual es interesantísimo: publica artículos del obispo de Oviedo, Eugenio Sellés, Emilio Castelar, Turgenet, Zola, etc., etc. Un poema de Emilio Ferrari y una dolencia, lo que hacen pensar las cosas, del ilustre Campomanor.

Da comienzo á la novela novelesca de Barbey D'Aurevilly *El cabecilla Desnudas*.

Como era de esperar, se ha acordado ya nombrar á primera edición del *El Cabecilla Desnudas* al Sr. Juan Colera, capitán de coraceros, por D. Juan Valera, y se habla de poner á la venta la segunda edición, mucho más elegante que la anterior.

La república de Barcelona general de representación y jurisdicción ha sido en un convenio los correspondientes á los meses de abril, mayo y junio, con notables trabajos de la especialidad que se consagran. Firmados por D. Pedro Dorado, don José María Manresa, D. Adolfo Posada, D. Primitivo Gonzalez del Alba, D. Victor Cobian, D. Jerónimo Vida, D. Antonio Balbín de Unquera y otros distinguidos publicistas.

Novelador y guía de San Sebastian.—San Sebastian, 1891.—Libro de consulta indispensable para los que van á dicha población, conteniendo una historia de la misma; noticia de los hijos ilustres de la provincia; monumentos, calles, plazas, paseos, noticias estadísticas; indicaciones industriales, etc.

La exposición de mapas en el vigente Código de Comercio, por D. J. Rato y Rada.—Barcelona, 1891.—Interesante estudio jurídico en que el distinguido abogado del ilustre Colegio de Barcelona aborda por la reforma del mencionado Código.

Guía de Jijon, formada por D. José García Bosquet.—1891.—Contiene una reseña general de la población, servicios públicos, comercio é industria, monumentos, fabricas, etc.

Manual de Pósitos.—Madrid, 1891. La Biblioteca económica de legislación y jurisprudencia que en esta corte se publica con el título de *Las leyes*, ha aumentado la serie de sus volúmenes con un *Manual de Pósitos*, dividido en tres partes: una histórica doctrinal, otra legislativa y la tercera práctica. Este *Manual* es recomendable, tanto por su método, como por su verdadera utilidad, dentro de la especialidad á que se consagra.

Hemos recibido el cuaderno segundo del tomo XI de los *Anales de la Real Academia de Medicina*, á cargo de la comisión formada por los Sres. Iglesias y Diaz, presidente; Carretero y Mur-el, vocal; y Cortejarena y Aldebe, secretario.

Contiene las actas de las sesiones literarias públicas de 4 de abril á 6 de junio últimos; el discurso referente á congresos médicos, del Sr. Vilanova, y la continuación de la Memoria premiada en el concurso de 1890, sobre el tema: «Estudio biográfico, bibliográfico y crítico de algunos de los médicos insignes que han contribuido á los progresos de las ciencias médicas de España», por D. Nicolás Pérez Jimenez.

Ensayo de una nueva teoría de la proporcionalidad de las líneas rectas, por D. Julian Chavé y Castilla, regente de la Escuela práctica agregada á la Normal de Maestros de Santiago.—Madrid, 1891.

Trabajo que demuestra la competencia del distinguido profesor, y al que precede un prólogo del Sr. D. Rafael Alvarez Sereix.

Acontecimientos literarios de 1890, por D. Melchor de Palau.—Madrid, 1891. Acaba de publicarse el sexto cuaderno de esta obra, con que su ilustrado autor el Sr. Palau, da prueba evidente de profundidad crítica y de buen gusto. En sus páginas se contienen muy acertados juicios de *José infant* y *Nazareth*, de Mosser Jacinto Verdader; de *Chorinas* y *Leenda de gromia*, de D. Alberto García Ferrero, y de *Pequeñeces*, del Sr. Luis Coloma.

Cuadros vivos se titula el último libro que ha publicado el ingenioso escritor D. Eduardo de Palacio, libro que es más bien colección de artículos jocosos de los que han visto la luz en diferentes diarios. Pons le ha puesto graciosos ilustraciones, de modo que la obra resulta antidoto contra la tristeza.

Estadística de la administración de justicia en lo criminal, durante el año 1890, en la Península é islas adyacentes, publicada por el ministerio de Gracia y Justicia (Edición oficial.)